



CAPÍTULO VII

Cuenta Periquillo la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo;
y don Antonio concluye su historia

El motivo por qué se volvió á interrumpir la conversación de don Antonio, fué porque serían como las cinco de la tarde cuando bajó el alcaide á encerrar á los presos en su respectivo calabozo, acompañado de otros dos que traían un manajo de llaves.

Luego que encerró á los del primer patio, pasó al segundo, y el feroz presidente, aún amostazado contra

mí, sin razón, me separó de la compañía de don Antonio y me llevó al calabozo más pequeño, sucio y lleno de gente. Entré el último, y cerrando con los candados, quedamos allí como moscas en cárcel de muchachos.

Por mi desgracia, entre tanto hijo de su madre como estaba encerrado en aquel sótano, no había otro blanco más que yo, pues todos eran indios, negros, lobos, mulatos y castas, motivo suficiente para ser en la realidad, como fuí, el blanco de sus pesadas burlas.

Como á las seis de la tarde encendieron una velita, á cuya triste luz se juntaron en rueda todos aquellos mis señores, y sacando uno de ellos sus asquerosos naipes comenzaron á jugar lo que tenían.

Me llamaron á acompañarlos; pero como yo no tenía ni un ochavo, me excusé, confesando lisa y llanamente la debilidad de mi bolsa; mas ellos no lo quisieron creer, antes se persuadieron á que ó era una ruindad mía ó vanidad.

Jugaron como hasta las nueve, hora en que ya apenas tenía la vela cuatro dedos, y no había otra; y así determinaron cenar y acostarse.

Se deshizo la rueda y comenzaron á calentar sus ollitas de alverjones en un pequeño brasero que ardía con cisco de carbón.

Yo esperaba algún piadoso que me convidara á cenar, así como me convidó don Antonio á comer; pero fué vana mi esperanza, porque aquellos pobres todos parecían de buen diente y mal comidos, según que se engullían sus alverjones casi fríos.

Durante el juego, yo me había estado en un rincón, envuelto en mi zarape, y rezando el rosario con una devoción que tiempo había que no lo rezaba; ya se ve, ¿qué navegante no hace votos al tiempo de la borrasca?

Las maldiciones, juramentos y palabrotas indecentes que aquella familia mezclaba con las disputas de juego, eran innumerables y horrorosas, y tanto, que aunque para mis oídos no eran nuevas, no dejaban de escandalizarme demasiado. Yo estaba prostituído, pero sentía una genial repugnancia y hastío en estas cosas. No sé qué tiene la buena educación en la niñez, que en la más desbocada carrera de los vicios suele servir de un freno poderoso que nos contiene, y ¡desdichado de aquel que en todas ocasiones se acostumbra á prescindir de sus principios!

Así que cenaron, cada uno fué haciendo su cama como pudo, y yo, que no tenía petate ni cosa que lo valiera, viendo la irremediable, doblé mi zarape, haciendo de él colchón y cubierta, y de mi sombrero almohada.

Habiéndose acostado mis concubicularios, comenzaron á burlarse de mí con espacio, diciéndome:— Con-

que, amigo, ¿también usted ha caído en esta ratonera por *cucharero*? ¡Buena cosa! ¿Conque también los señores españoles son ladrones? Y luego dicen que eso de robar se queda para la gente ruin.

—No te canses, Chepe, decía otro; para eso todos son unos, los blancos y los prietos; cada uno mete la uña muy bien cuando puede. Lo que tiene es que yo y tú robaremos un rebozo, un capote, ó alguna cosa así; pero éstos, cuando roban, roban de á gordo.

—Y como que es ansina, decía otro; yo apuesto á que mi camarada lo menos que se jurtó fueron doscientos ó quinientos; y ¿á qué compone, eh? ¿á qué compone?

Así y á cual peor se fueron produciendo todos contra mí, que al principio procuraba disculparme; mas mirando que ellos se burlaban más de mis disculpas, hube de callar, y encogiéndome en mi zarape al tiempo que se acabó la velita, hice que me dormí, con cuya diligencia se sosegó por un buen rato el habladero, de suerte que yo pensé que se habían dormido.

Pero cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines; pero tantos, tan llenos y con tan buen tino, que en menos que lo cuento ya estaba yo hecho una sopa de meados descalabrado y dado á Judas.

Entonces sí perdí la paciencia, y comencé á hartar-

los á desvergüenzas; mas ellos, en vez de contenerse ni enojarse, empezaron de nuevo su diversión, hartándome á cuartazos con no sé qué, porque yo, que sentí los azotes, no ví á otro día las disciplinas.

Finalmente, hartos de reirse y maltratarme, se acostaron, y yo me quedé en cuclillas junto á la puerta, desnudo y sin poderme acostar, porque mi zarape estaba empapado y mi camisa también.

¡Válgame Dios! ¡y qué acongojado no sentí mi espíritu aquella noche al advertirme en una cárcel, enjuiciado por ladrón, pobre, sin ningún valimiento, entre aquella canalla, y sin esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he referido! Mas al fin, como el sueño es valiente, hubo de rendirme, y poco á poco me quedé dormido, aunque con sobresalto, junto á la puerta, y apenas había comenzado á dormir, cuando saltó una rata sobre mí, pero tan grande, que en su peso á mí se me representó gato de tienda; ello es que fué bastante para despertarme, llenarme de temor y quitarme el sueño, pues aún creía que los diablos y los muertos no tenían más que hacer de noche que andar espantando á los dormidos. Lo cierto del caso fué que ya no pude dormir en toda la noche, acosado del miedo, de la calor, de las chinches que me cercaban en ejércitos, de los desforados ronquidos de aquellos pícaros y de los maldi-

tos efluvios que exhalaban sus groseros cuerpos, junto con otras cosas que no son para tomadas en boca, pues aquel sótano era sala, recámara, asistencia, cocina, comunes, comedor y todo junto. ¡Cuántas veces no me acordé de las ingratas noches que pasé en el *arras-traderito* de Enero!

Al fin quiso Dios echar su luz al mundo, y yo, que fuí el primero que la ví, comencé á reconocer mis bienes, que estaban todavía medio mojados, por más que los había exprimido; ya se ve, tal fué el aguacero de orines que sufrieron; pero por último, me vestí la camisa y calzoncillos, y trabajo me costó para ponerme los calzones, porque mis amados compañeros, creyendo que los botones eran de plata, no se descuidaron en quitárselos.

A las seis de la mañana vinieron á abrir la puerta, y yo fuí el primero que, muerto de hambre y desvelado, me salí para fuera, tanto por quejarme con mi amigo don Antonio, cuanto por esperar al sol que secara mis trapos.

En efecto, el buen don Antonio se condolió de mi mala suerte, y me consoló lo mejor que pudo, prometiéndome que no volvería á pasar otra noche semejante entre aquellos pícaros, pues él le suplicaría al presidente que me dejara en su calabozo.

— ¡Ay, amigo! le dije, que me parece que se aver-

gonzará usted en vano; porque ese cómitre es muy duro é incapaz de suavizarse con ningunos ruegos del mundo.

— No se aflija usted, me contestó, porque yo sé la lengua con que se le habla á esta gente, que es con el dinero; y así, con cuatro ó seis reales que le demos, verá usted como todo se consigue.

Aún no acababa yo de darle las gracias á mi amigo, cuando me gritaron, y yo, pensando que era para otra declaración, salí corriendo, y ví que no era la llamada sino para ayudar á la limpieza del calabozo, en donde me hicieron tantos daños la noche anterior; ésta se reducía á sacar el barril de las inmundicias, vaciarlo en los comunes y limpiarlo.

No sé cómo no volqué las tripas en tal operación. Allí no me valieron ruegos ni promesas; porque el maldito vejancón que lo mandaba, viendo mi resistencia, ya comenzaba á desátarse el látigo que tenía en la cintura; y así yo, por excusarme mayor pesadumbre, quise que no quise, desempeñé aquel asqueroso oficio, concluído el cual me fuí otra vez al calabozo de mi buen amigo, que era mi paño de lágrimas.

Luego que lo ví me salieron éstas á los ojos, y le volví á referir mi nuevo castigo. Él no se hartaba de consolarme y procurarme mi alivio de cuantas maneras podía.

Lo primero que hizo fué hacerme acostar en su